

FRANCISCO MERCADO

UNA PANDEMIA DE ERRORES

Cómo y por qué la mala gestión
del Gobierno convirtió a España en
campeón mundial del coronavirus

Una crónica de las mentiras, manipulaciones, imprudencias y
negligencias que dejaron más de 43.000 muertos y un país dividido

El 31 de diciembre de 2019 China informó de un extraño brote de neumonía a la Organización Mundial de la Salud (OMS), que rápidamente envió a un equipo de investigadores a Wuhan y alertó a la comunidad internacional acerca de la gravedad, presente y futura, de la situación.

Sin embargo, desde un inicio el Gobierno español ignoró la magnitud de la amenaza y no adoptó las medidas necesarias. De hecho, no hizo caso a ninguna de las recomendaciones que durante los meses de enero, febrero y marzo publicó la OMS, tales como el acopio urgente de material sanitario, la importancia de realizar test, la necesidad de rastrear y aislar los casos positivos o la prohibición de celebrar actos multitudinarios. A fines de enero, Fernando Simón, coordinador de Emergencias de Sanidad, afirmaba que «España no va a tener, como mucho, más allá de algún caso diagnosticado». A mediados de febrero, el ministro Salvador Illa aseguraba «hoy no hay ninguna razón para tomar ninguna medida de salud pública adicional a las que ya estamos tomando», mientras preparaba un protocolo para cadáveres de la COVID-19.

A pesar de disponer de datos que demostraban que el virus corría a sus anchas por España, y para no verse obligado a cancelar las manifestaciones del 8 de marzo, el Gobierno permitió que ese fin de semana se celebraran un sinnúmero de actos multitudinarios. Tal y como demuestra un documento que el Gobierno ocultó y que este libro trae a la luz pública, si ese fin de semana se hubieran adoptado medidas de prevención los estragos del coronavirus en España hubieran sido mucho menores.

La verdad ha sido aplastada por el relato gubernamental y sus medios afines. La disonancia entre el número oficial de fallecidos y el número real resulta estremecedor. Para com-

prender el grado de falsedad e inoperancia con el que ha actuado el Gobierno de Pedro Sánchez en una de las crisis más graves de la historia reciente, la lectura de esta crónica minuciosa, precisa y detallista resulta imprescindible.

*A Noelia, amor y cómplice de mis quijotadas;
a mis padres, Alfonso y Eloísa, muertos cuando no se culpaba a los ancianos de tener patologías previas; a mis queridos hijos, Daniel y Laura; y a los más de 44 000 compatriotas muertos por un virus que no iba a llegar.*

Pero el pánico no estalló. Hubo algo de ilusorio en esa primera hora, durante la cual algunos pasajeros estuvieron bromeando con lo que sucedía. Nada ni nadie les indicaba la gravedad de la situación, y la orden del capitán —tal vez cuestionable, pero en modo alguno descabellada— fue evitar el pánico a toda costa para no empeorar las cosas, si es que las cosas hubieran podido empeorar. Hubo pasajeros que ni siquiera creyeron posible que un barco insumergible se pudiera hundir, y se desentendieron hasta de ponerse el chaleco salvavidas que los camareros empezaron a repartir. El hecho de que se pidiera a la orquesta que amenizara la huida sin duda aumentó la sensación de que no existía una amenaza insalvable.

EMILIO CALLE, *La tragedia del Titanic*

Prólogo

Todos somos pandemia, pero algunos somos más pandemia

Cuando doy las primeras pinceladas a este prólogo, el 20 de mayo de 2020, España es campeona mundial del coronavirus. Tiene ya más de 278 000 casos. Y 27 888 muertos. Los telediarios ponen el punto de mira en el veloz crecimiento del virus en EE. UU., Francia, el Reino Unido o Brasil. Siguen el señuelo que tiende el Gobierno: los números absolutos. EE. UU. registra ya 1,5 millones de infectados y 93 000 muertos. También nos supera Rusia en número de afectados, 308 000. Brasil nos pisa los talones, con 271 885 contagiados...

Y si hablamos de cifra total de muertos no solo nos rebasa EE. UU. También el Reino Unido (35 341), Italia (32 169) y Francia (28 022). España, en términos absolutos, es el tercer país en contaminados del mundo. Y el quinto país en muertos. España está en el pelotón de cabeza del mundo en contagio y mortandad. O negligencia. Pero es mejorable su puesto. ¿Y si dividimos población por número de contagios o muertos? ¿Qué ocurre si calculamos la tasa por millón de habitantes para averiguar el peso real de infectados y muertos que soporta cada país? La tasa da la imagen real del drama o éxito de cada nación. El Gobierno español nunca da esa proporción. Sería desnudar su gestión. Y su foto mundial es terrible.

Quizá si alguno mira la página de Sanidad del 20 de mayo le extrañará la cifra de 278 000 infectados en España. Solo aparecen 232 555 contagiados. Resta 45 807 que han dado positivo en los test de anticuerpos y que sí ofrecía cinco días antes, el 15 de mayo. Es el último día que el Gobierno da la cifra de ese grupo de infectados. Pero los analistas mundiales no eliminan tales contagiados. Y guardan la cifra de esa jornada.

No pueden entender que un país tenga un día 278 000 afectados y a partir del día siguiente (16 de mayo) solo 230 698, solo porque la goma de Simón borra desde ese momento la tasa que más crece: los positivos por test de anticuerpos, que un día fueron enfermos o infectados. Los demás países sí los suman. La OMS exige notificar casos probables y confirmados. El doctor Simón, de un plumazo, se ventila 45 000 contagiados de coronavirus que en unos días ascenderán a 50 000, 60 000, etc., a medida que se expandan los test rápidos. Las gráficas de Sanidad indican que esos test suben, pero no los contabiliza. Solo un test masivo como el de Torrejón ya añade 26 000 positivos.

Pero da igual que el Gobierno trampee. El mundo ha hecho la foto de España durante la pandemia. La del 20 mayo es similar a la de días y semanas precedentes. Arroja que España se merece ganar el mundial del coronavirus. No quedar segunda o tercera. Sánchez ha hecho mucho por situarnos en cabeza y no se puede conformar con un papel secundario. Y gana el mundial.

España es el país con mayor tasa de contagios del mundo por millón de habitantes, salvando minúsculos territorios que distorsionan las cifras por su escasa población y que luego citaré. La España pilotada por el prudente Sánchez golea en tasa de afectados a los EE. UU. bajo el timón del excéntrico Trump que recomienda beber lejía: Estados Unidos tiene 4750 infectados por millón de habitantes y España 5963 por millón. Rusia solo tiene 2115 casos por millón. El Reino Unido, 3667. Italia, 3749. Francia, 2771. Alemania,

apenas 1115. En días precedentes, la ventaja española aún era mayor.

Solo nos ganan Luxemburgo, Andorra, San Marino, Qatar y el Vaticano por tasa de contagios. Su escasa población hace que un número reducido de casos parezca estadísticamente una marea. Luxemburgo, con la mayor tasa de infectados, suma menos de 4000 casos. Y San Marino, 655. Por tanto, tales países apenas existen en materia de pandemia. No pueden rivalizar con España. Y si Sánchez a estas alturas quiere mirar de reojo a países que lo hayan hecho peor, tiene que dirigir la vista al Vaticano o a Qatar, pero a ningún otro país del globo. No puede despreciar a Trump.

El presidente norteamericano se está dando toda la prisa que puede en hacerlo mal. Pero aún sigue detrás de Sánchez. Todos los países del globo se han contagiado menos que España. La estadística en unos meses puede cambiar, y cambiará. Y alguno de los rivales de España podría arrebatarse el liderato. Pero en mayo de 2020, cinco meses después del brote del coronavirus, la campeona es España con Sánchez de seleccionador. El mundial de esa primavera lo ha ganado. Nadie se lo puede arrebatarse.

La vicepresidenta Carmen Calvo quiere empañar la victoria con supuestas ayudas geográficas: «Nueva York, Madrid y Pekín están en línea recta, tres de las grandes ciudades donde se ha dado un problemón del demonio». La ministra Teresa Ribera también resta méritos a su jefe y culpa al mapa: «Portugal paró antes. Venía del este y ellos están un poco más al oeste y entonces pudieron parar un poco antes». Eso explica que, respecto a la tasa de infectados, Portugal tenga la mitad que España: 2885 infectados. Ninguna ministra quiere reconocer los méritos presidenciales en coronar la tasa de contagio mundial.

¿Y la tasa mundial de muertes por millón de habitantes?

¿Puede España aspirar al doblete? Barre aún más a todas las naciones. A 20 de mayo, dobla la tasa de muertos

de Trump. España, 597 fallecidos por millón de habitantes; EE. UU., 283.

Naturalmente, los telediarios omiten tal dato. Difunden el más visual, pero el más irreal. El que proporciona cada día el Gobierno. EE. UU. tiene 83 558 muertos. Y España solo 27 770.

Mensaje subliminal: ahora, critica la gestión de Sánchez con tales cifras de EE. UU. Pequeña anotación: mido la tasa por millón de habitantes solo con los muertos registrados por Sanidad. Si computara los muertos que desvela el MO-MO (monitoriza excesos de muertes sobre el año anterior: más de 35 000 el 20 de mayo, más de 43 000 en junio), España tendría el Guinness de fallecidos por coronavirus. Pero hago la comparativa solo con los españoles que Illa dice que están muertos por coronavirus.

Nadie computa qué población tiene cada país. Y, por tanto, qué país está más castigado. Rusia solo tiene 20 muertos por millón de habitantes. El Reino Unido, 521. Francia, 429. Alemania, 98. Portugal, gracias a estar al oeste, apenas 122 muertos. Pero España no es invencible. Se le resiste Bélgica. Acumula 790 muertos por millón, pero solo suma 9150 muertos. Y Andorra y San Marino, que con 51 y 41 muertos, sufren tasas disparatadas.

Doblete conseguido. España gana el mundial de víctimas mortales, salvadas estas excepciones fruto de la distorsión estadística. La distancia con el resto de países es notable.

China, origen de la pandemia, suma 2 muertos por millón de habitantes. ¿Tanto miente? Corea del Sur, 265 muertos. ¿Maquilla sus cifras? Holanda, 334 muertos. Grecia, 16 muertos. Irán, 85 muertos. India, 2 muertos. Hong Kong, 1 muerto. Tailandia, 43.

¿Qué han hecho sus Gobiernos para estar tan por debajo de España en tasa de muertos? ¿Cómo puede ocurrir en países vecinos de China? ¿Cómo España logra superar en mortandad a países con peor sanidad y economía como

Bulgaria, Hungría, Rumanía...? O Azerbaiyán, Uzbekistán, Honduras, Armenia, El Salvador, Gabón... La vuelta al globo da igual resultado.

¿Podría España aspirar a un triplete? ¿Puede ser España el país que más sanitarios tiene infectados de coronavirus? Según un informe de abril del Centro Europeo para la Prevención y el Control de Enfermedades (ECDC), el 20 % de los casos en España afectan a este colectivo, y en Italia ese porcentaje se reduce al 10 %. En EE. UU., los sanitarios contagiados apenas llegan al 3 % y en China se sitúan en el 3,8 %... Esto se decía en abril, cuando los sanitarios contagiados españoles sumaban 35 000. El 14 de mayo ya son casi 40 000. El 18 de mayo ya son 51 090. Son más que todos los infectados de Holanda, Portugal, Qatar, Suecia, Suiza, Bangladesh, Polonia, Ucrania, Irlanda, Indonesia...

Los sanitarios españoles contagiados suman por sí solos la cifra de infectados de un país entero. Son la nación número diecisiete del mundo por cifra de contagios el 14 de mayo.

El resto del planeta, país por país, suma menos como nación entera que los sanitarios españoles. España gana su triplete. No hay ningún sistema sanitario tan enfermo de coronavirus. Ni nación. Cómo llega a tal título lo dejo para próximos capítulos.

Pero antes debo confesarte qué me forzó a escribir este libro. La primera pulsión han sido las lágrimas. He llorado el abandono y muerte en masa de ancianos. La desatención ha matado más que el virus. Escribo este libro porque mis padres murieron hace años. No han fallecido ahora sin poder pisar la UCI ni los hospitales, víctimas de una epidemia que dijo mi Gobierno que no iba a llegar. Si engrosaran los más de cuarenta mil ancianos enterrados por la pandemia estaría redactando una querrela por imprudencia grave con resultado de muerte.

He sentido vergüenza ante el sacrificio de los sanitarios, convertidos en un ejército inerme contra un enemigo que

no solo se colaba por la respiración, sino por el BOE. Nunca los aplaudí. No querían amor. Querían mascarillas, guantes, batas y gafas.

El aplauso silenciaba sus carencias. Lo que forjaba heroica su actuación era su desprotección. Mi aplauso es este libro, cuando las palmas ya han dejado de batir. Tras las lágrimas llegó la rabia. Las mentiras, evasivas y necesidades emitidas a diario por videoconferencia me rebelaron. Sánchez me habló de guerra por una epidemia... Entré en guerra.

Me habría gustado estar del lado de mi Gobierno si supiera cuál era su bando. ¿Era el bando de la verdad? No. ¿Era el bando de la ciencia? No. Sus alusiones a que el Gobierno hacía siempre lo que decían los científicos me espolé a leer cuanto habían escrito y recomendado la OMS y la UE desde el inicio. Y cuanto había escrito y ordenado Sanidad. Descubrí un abismo: no casaban. Afloró un reguero de mentiras y contradicciones que ya viví en otras crisis históricas que investigué: el *Prestige*, el 11M...

Me tentó dedicar el libro a Pedro Sánchez (presidente del Gobierno), Salvador Illa (ministro de Sanidad) y Fernando Simón (director del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias, CCAES), sin cuya ayuda documental esta obra no habría sido posible. Sus informes han sido esenciales para que afloren mentiras, lo que hay detrás de la videoconferencia y de la propaganda. Nada mata más a un gobierno que sus propios escritos. Unos documentos que manejo para mis investigaciones desde antes de que me encargaran el libro, el 24 de abril. Era la mejor opción periodística, la más seria y libre, aunque supusiera ver morir en portadas primicias que iba acumulando. Mis compañeros no eran mancos ni ciegos y confiar en que durasen meses mis secretos era mucho pedir. Un saludo para ellos.

El impulso final me lo han dado los voceros del Gobierno.

Vomitaban los axiomas oficiales: «una pandemia es una pandemia». Los vertían quienes reían la tesis de Ana Botella: «Una manzana y una pera nunca pueden dar dos manzanas». Claro, una pandemia es una pandemia. Pero ¿por qué somos más pandemia que nadie? El virus distingue entre clases sociales, dice Pablo Iglesias. ¿Y también entre países? El virus extranjero nos tiene envidia, que diría Franco.

Y cada país ha dado una respuesta muy distinta. Y eso explica tan diferentes guarismos de muertos e infectados con el mismo virus. Focalizaré qué han hecho otros países, más ricos y más pobres, qué ha hecho nuestro país y qué mandataban la OMS y la UE.

El segundo axioma gubernamental que puebla las redes es igualmente indigerible: «¿Qué sabrás tú? Esto es cosa de expertos. España está lleno de *cuñaos*». Y así se veda todo debate. «El Gobierno tiene científicos, tú no eres experto». Los expertos del Gobierno son dioses. Solo los escuchan y ven sus elegidos. Los demás debemos fiarnos de su existencia y relato.

No hace falta ciencia en este debate. No discuto la fórmula de la vacuna del coronavirus. Debato de política de salud. O sea, de política. Y me baso en lo que escribe mi Gobierno. Y en lo que no lee mi Gobierno. Los que defienden al Gobierno no se molestan en leerlo. Les basta con oír la palabra de Sánchez. Te adoramos, señor. Y no molesten al conductor. Los *sanchistas* creen que no es *cuñao* quien dice «hay pocos asintomáticos, pero aún no sabemos cuántos son»; «las mascarillas son útiles, siempre que estén disponibles» o achaca a «un accidente de tráfico enorme» cinco mil muertes en una España confinada.

Tercer axioma de Sánchez: «Es muy fácil ser profeta ahora. Hay mucho profeta del día después. Si hubiéramos sabido lo que sabemos ahora del coronavirus...». Nadie exige a Sánchez que sea profeta. El gobernado solo le reclama que lea; espera que el presidente y su equipo vean telediaros.

Todo esto le habría convertido en profeta en enero, leyendo a la OMS. O en febrero, viendo el drama de Italia. El 14 de marzo, es verdad, ya no podía ser profeta. Sánchez ya solo podía ser mesías crucificado.

Cuarto axioma: «A saber qué habría hecho el PP si le hubiera tocado gobernar esta pandemia». No lo sé. Ni me importa. Porque no gobernaba. Tampoco me pregunté qué habría hecho el PSOE de haber gobernado en las crisis del *Prestige* o del 11M. Esto no es un debate entre izquierdas y derechas, sino entre verdad y mentira, eficacia y negligencia.

Los que jaleaban mis exclusivas para desnudar la gestión del PP cuando Galicia era un mar de crudo y Madrid un escenario de cadáveres creen traición a la izquierda investigar las causas de nuestro último desastre. Mi ideario y oficio están donde siempre. Han muerto obreros, mujeres, ancianos... ¿Es de derechas buscar responsables de muertes de obreros? ¿Ataca al feminismo buscar si el 8M mató a mujeres? ¿Impide Marx apiadarse de un holocausto de ancianos? Cualquier mínimo hálito de empatía hacia tales causas bloquea otro rumbo que no sea buscar la verdad. Digo *buscar*. Cada cual juzgará si la he hallado o no. Los muertos se la merecen. Y mala defensa es «a ver qué habría hecho el PP». Equivale a que lo habría hecho aún peor. Varios ministros admiten errores. Nunca dicen cuáles. Refrescaré su memoria.

Quinto axioma: «No es el momento de debatir las causas. Más adelante, cuando pase la pandemia». ¿El debate político puede producir un rebrote? ¿Es un hecho científico? ¿Lee el virus el diario de sesiones del Congreso o visiona los telediarios? No. El virus ni lee ni es un asesino en masa al que invitemos a matar más si le damos publicidad o ve fisuras. No es ETA.

Finalmente, escribo porque he estado preso en casa más de tres meses por un delito que no cometí: ni introduje el virus en España ni lo propagué. El Estado me debe vein-

ticinco euros por día de prisión. Es el precio por condenas injustas. Este libro me devuelve la libertad que perdí, que regalé. Si una acusación injusta nos hubiera encarcelado tres meses, hoy clamaríamos en los telediarios o en los tribunales. Pero hemos admitido la verdad revelada. Que cuando toca pandemia, toca prisión para todos. Mentira. Otros países han salido mejor librados sin tales grilletes. Había otras opciones. No las hay cuando llegas tarde a la crisis.

He manejado cientos de papeles y de porcentajes en un mundo opacado por el confinamiento. Dificultaba el acceso a las fuentes humanas. No descarto algún error, pero te garantizo que no producirá muertos ni infectados. Mi reto es que nos atrevamos a repensar la crisis, a dudar. No mires a derecha o izquierda para proclamar que la Tierra es redonda.

No escribiré una línea sobre la crisis económica que deja el coronavirus. Exigiría otro libro. Y, además, esa tragedia es consecuencia de lo que retrata este: una pandemia de errores.

Capítulo 1

Enero: China nos contagia, pero nos enseña el camino

No entraré en especulaciones sobre el origen del brote chino de coronavirus a fines de diciembre. Me importa más si hubo una correcta respuesta china y de la OMS. Y la cronología no delata una sistemática obstrucción china ni pasividad de la OMS. China admite varias expediciones científicas de la OMS. Choca con las tesis conspirativas. No obstante, acaso por sus inercias totalitarias, sanciona a los primeros médicos que dan la voz de alarma. Pero después sí colabora con la OMS y le permite controlar *in situ* la epidemia que combate. Podemos enloquecer repasando si había muchos coches aparcados en diciembre en los hospitales chinos, pero tampoco sabemos cuántos vehículos había en enero o febrero en las emergencias españolas. Ni cuántas llamadas o asistencias eran registradas como neumonías cuando ya eran coronavirus. Cada día de enero el mundo aprendía algo nuevo sobre el coronavirus desde China. Y la OMS lo radiaba para quien lo quisiera leer. Mal se puede acusar a China de ocultar el virus al mundo cuando el 7 de enero ya avisa de que es un coronavirus, con la peligrosidad y transmisibilidad que supone. China tenía que investigar el virus al tiempo que lo combatía. Aprendía día a día. Enseñaba día a día.